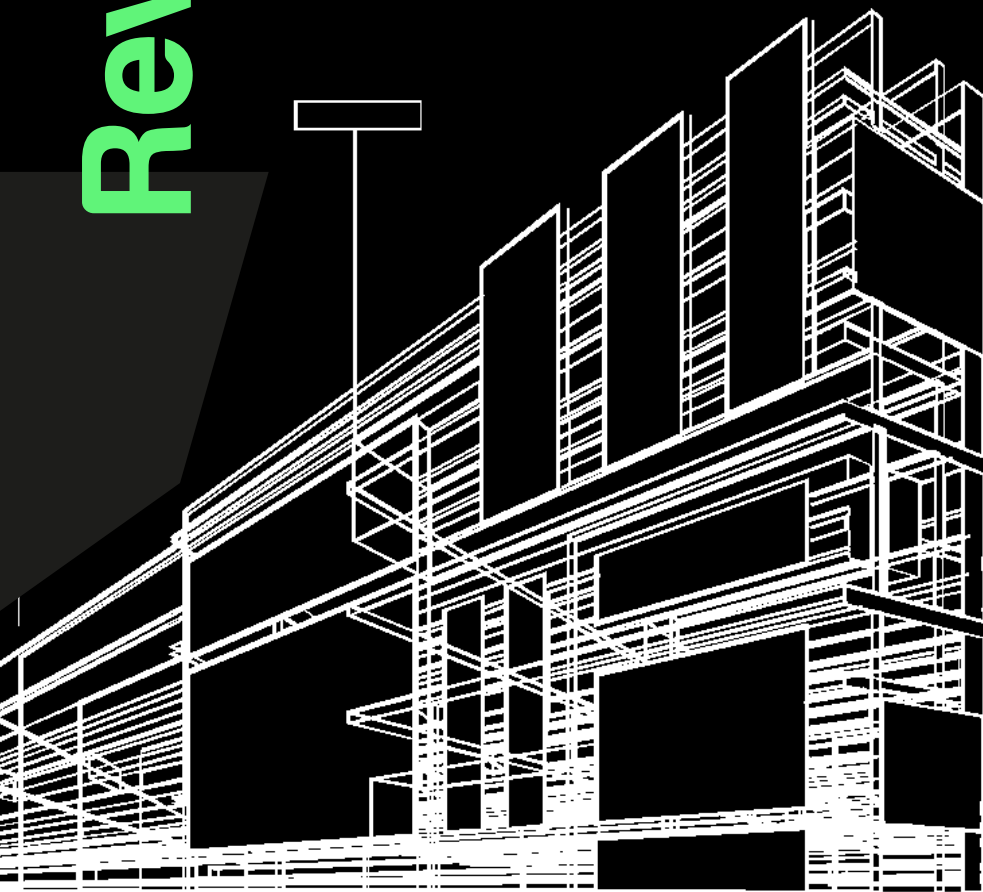


Revistas

comunicación
científica

USACH

20
23



FUTURO
USACH

Macarena Perusset Veras
Universidad Siglo 21
macarena.perusset@ues21.edu.ar

Cuidados, vulnerabilidad y violencia de género (Argentina 2019-2021)*

Care, Vulnerability and Gender Violence (Argentina 2019-2021)

Resumen

Este trabajo reconstruye el camino seguido por Flavia, una víctima de violencia de género, quien junto a sus hermanas dejó su casa en la provincia de La Rioja y se dirigió hacia una pequeña comuna del noroeste cordobés. Nos basamos en la investigación etnográfica realizada, analizando la búsqueda y construcción de un hogar, para lo que abordamos el concepto de 'vulnerabilidad'. El trabajo de campo nos permite explorar cómo las mujeres –y sus familias– que han atravesado situaciones de violencia de género, viven en "hogares vulnerables" y han podido reconstruirse frente a los eventos de violencia, apoyándose en los lazos familiares y en redes sociales de ayuda para volver a formar un hogar. Este estudio nos permite, además, observar la manera en que el término 'vulnerabilidad' fue utilizado en distintas situaciones o escenarios como recurso moral y burocrático, tanto por las autoridades públicas, para seleccionar a quiénes proteger, como por las personas vulneradas, para reclamar sus derechos. La vulnerabilidad emerge como un espacio de experiencia en el que las personas aprenden a navegar y donde se superponen la angustia, la creatividad y las redes de apoyo social.

Palabras claves: Mujeres; violencia; redes sociales; comunidad; apoyo.

Abstract

This article traces the path followed by a woman victim of gender-based violence, who, one night left her home (with her daughters) and moved to a little place in the northwest of the province of Córdoba. We take as basis our ethnography carried out among the neighbours of Villa de Pocho in order to analyze the search and construction of a home, regarding the concept of vulnerability. Fieldwork allows us to explore how women and their families –who have been victims of gender-based violence– live in vulnerable households and were able to rebuild themselves in front of violent events, relying on family ties and social support networks. This tour also allows us, on one hand, to observe the way in which the concept of vulnerability is being used in different situations or scenarios as a moral and bureaucratic resource both by public authorities, to select those who protect, and, on the other hand, by vulnerable people, to claim their

* Este artículo es parte de la investigación sobre Innovación social y Ciudadanía financiado por la Universidad Siglo 21

rights. Vulnerability emerges as a space of experience in which people learn to navigate and where distress, creativity and social support networks overlap.

Keywords: Women; Violence; Social networks; Community; Support.

Introducción

Los habitantes de Villa de Pocho, departamento de Pocho, uno de los departamentos más pobres de la provincia de Córdoba, son hombres, mujeres, familias conformadas en su mayoría por personas con trabajos no calificados, informales o sin trabajo.¹ Algunos son inmigrantes y/o migrantes internos. La gran mayoría de ellos tienen experiencias previas difíciles con sus viviendas, habiendo vivido en espacios pequeños y precarios, marginales o en casas construidas en zonas de riesgo de incendio, entre otras. Flavia y sus hijas han estado en la comuna desde 2017, cuando llegaron casi a la fuerza debido a un episodio de violencia de género que sufrió en manos de su ex pareja. Ella recuerda que esa noche, en el pueblo donde residía en La Rioja, su pareja la amenazó con un arma a ella y a sus hijas. Hasta ese momento, Flavia trabajaba cuidando un anciano, pero por esa labor no tenía un contrato ni protección social. Me explicó que, después de esto, abandonó la vivienda donde residía “lo más rápido que me dieron las patas” junto con sus hijas, dejando todas sus pertenencias personales, su trabajo y “llevando la plata para comprar los pasajes a Córdoba (...) sin despedirme del viejito”. Al día siguiente llegó a Pocho, a la casa de una de sus cuñadas, que la alojó y no se fue nunca más.

La escena anterior no es inusual. Cada vez se incrementa más la población de barrios precarios o que se encuentran en zonas marginadas como parte de un fenómeno global que involucra a miles de personas, y es el resultado del entrelazamiento de dinámicas locales y globales, como la difusión de las “nuevas lógicas de expulsión” de un número creciente de personas de órdenes sociales y económicos comunes (Osorio, 2010; Sacucci, 2019). Esta situación ofrece un punto de vista privilegiado desde el cual explorar el nexo entre el hogar, la violencia y la vulnerabilidad de mujeres que experimentaron situaciones de violencia. En ese sentido, este trabajo busca exponer cómo las personas experimentan momentos de extrema vulnerabilidad dentro de una situación de precariedad prolongada, en donde los sentimientos, las redes sociales de apoyo y los valores simbólicos ocupan un lugar central. El estudio de las características de villa de Pocho nos permite mejorar nuestra comprensión de las dificultades que enfrentan, en relación a viviendas dignas, muchos grupos humanos en condición de marginalidad y vulnerabilidad socioeconómica del interior de nuestro país. Al reconstruir, a través de distintos relatos, lo que sucedió en el barrio en los días posteriores a que Flavia abandonara su casa familiar en la provincia de La Rioja, este trabajo describe cómo las redes sociales de conocidos, familiares y amigos actuaron en tanto recurso para hacer frente a un evento disruptivo que ponía en peligro su vida. Como mostraremos, Flavia y sus hijas no solo solicitaron un refugio temporal

¹ Villa de Pocho es una comuna que pertenece al departamento homónimo de la provincia de Córdoba, Argentina. Dista de la ciudad capital en 162 km y se encuentra a 1050 msnm. La principal actividad económica es la agricultura y la ganadería junto con la elaboración de productos regionales. La infraestructura de la localidad es escasa y se distinguen un dispensario, una escuela primaria y un destacamento policial.

en la casa de Mirta, su cuñada, sino un lugar al que pudieran llamar hogar, situación que se entrelazó con un proceso más amplio de emplazamiento, un esfuerzo por ser positivamente situado en un paisaje relacional (Vigh, 2016). El futuro hogar no había sido planificado de antemano por Flavia, por lo que, en ese sentido, esta contribución demuestra cómo la vulnerabilidad con respecto al hogar es diversamente producida según los contextos y escenarios, a la vez que manipulada por diferentes actores sociales. Además de ser una condición inscrita en las biografías de las personas en determinadas circunstancias sociales, políticas, económicas, la vulnerabilidad emerge como un concepto propio del lenguaje político utilizado para crear nuevas formas de movilización y exclusión entre las poblaciones marginadas. ¿Qué significa establecerse en una comuna o un barrio marginado para una persona que se ha visto obligada a abandonar su hogar? ¿Cómo afecta su sentimiento de vulnerabilidad a su experiencia? ¿Quién tiene el poder de definir públicamente quién es vulnerable –y quién no– y cuáles son las consecuencias en cuanto a la posibilidad de hacer un hogar?

Este artículo se basa en el trabajo de campo realizado en el marco del proyecto de investigación sobre diversidad en el cuidado (2018-2021). Además de recopilar entrevistas en profundidad e historias de vida, participamos en los improvisados períodos de domesticidad creados al momento de organizar el carnaval en la villa y las festividades patronales de Pocho, así como en las negociaciones y tensiones con las instituciones locales. La presencia de mi persona y del resto del equipo de investigación en la villa tuvo una dimensión política inmediata, reconocida tanto por la policía, que cuando se enteraba que yo estaba en la villa se acercaba adonde me encontraba y me pedía mi identificación, así como por los habitantes del barrio que me identificaban como caja de resonancia de sus demandas. Si bien en esta experiencia etnográfica se superponen diferentes formas de violencia institucional, cabe destacar que no realizamos una exploración detallada de los sistemas políticos y económicos desiguales que aumentan, producen y reproducen ciertas formas de vulnerabilidad. Más bien nos concentramos en las microprácticas diarias a través de las cuales las personas dan sentido a sus vidas vulnerables y tratan de responder a las situaciones adversas que enfrentan.

En cuanto a la organización de este escrito, después de presentar el marco teórico en el que se encuadra el estudio, recorreremos las condiciones de vivienda que llevaron a Flavia y sus hijas, como a otros vecinos y vecinas de la villa antes que ellas, a asentarse en la comuna y encontrar un acuerdo entre su sentido de precariedad y su sentido de hogar.

Alejamiento

El abandono de Flavia de la casa que compartía con su expareja puede ser entendida como una encarnación fundamentada de la geopolítica íntima que refleja una relación múltiple entre el hogar, los cuerpos y el estado-nación (Papalini, 2007).

No tenía dónde ir (...) cacé a las pibas de los pelos y la plata del gas (...) si no me iba me mataba esa noche, yo lo conozco (...) agarré la plata del gas y salimos corriendo (...) una camioneta que pasaba nos llevó a la terminal y ahí compré los pasajes a Córdoba (después la llamé a la Mirta para avisarle. (Flavia)

Muchas veces las mujeres no tienen un lugar donde dirigirse porque el agresor las alejó de todos sus círculos sociales o porque temen ser encontradas. El abandono de la casa familiar suele generar una sensación de pérdida y desplazamiento y es aún más impactante cuando ocurre sin previo aviso y con la amenaza o el uso de la violencia que pone en riesgo la vida, pero abandonar una relación violenta no significa necesariamente el fin de la violencia. Este abandono de la casa familiar ofrece una perspectiva significativa desde la cual observar cómo la noción de hogar puede volverse intrínsecamente vulnerable en contextos socioculturales específicos, con profundas consecuencias para la integridad de las personas.

En su forma idealizada (variable según diferentes tiempos, espacios y subjetividades), el sentimiento de “estar en casa” implica comodidad, seguridad y familiaridad y está conectado con sentimientos de pertenencia e identidad, en otras palabras, implica intimidad, relaciones sociales significativas y valores morales (Boccagni, 2017). Flavia, al igual que otras mujeres que dejaron sus hogares en situaciones similares, en los primeros momentos cuando a llegó a Pocho se encontraba viviendo una condición de estar “fuera de lugar”, que derivaba no solo de ser residente temporal (forzada) sino también de las condiciones de violencia de las que huía con sus hijas: “La Mirta y todos nos tratan bien, todos ¿pero a vos te parece bien que yo he tenido que dejar mi casita? El se tendría que haber ido (...) no se fue con la exclusión que le hicieron, menos se iba a ir ahora (...) y acá andamos nosotras” (Flavia).

El desplazamiento y el estar fuera de lugar no se relaciona automáticamente con la movilidad de una provincia a otra, sino que puede entenderse como una condición existencial en la que los proyectos de vida son más difíciles de lograr, así como una sensación de despojo de las biografías personales (Pujadas, 2000). Del mismo modo, el emplazamiento y la sensación de estar “en casa” no pueden reducirse a una articulación de pertenencia, sino que se refieren a los esfuerzos sociales en curso para buscar hacer una vida existencialmente significativa y actuar para el presente y el futuro (Bosch Fiol y Ferrer Pérez, 2000). Esta búsqueda de hogar es inherentemente humana y nunca puede ser completa de una vez para siempre, debido a que está sujeta y es sensible a momentos de crisis, así como abierta a la posibilidad de reconstrucción y/o reformulación (Jacobson, 2009).

El momento de quiebre que implica dejar el hogar es un momento en el que la vulnerabilidad se hace evidente, tanto en sus mecanismos psicológicos y sociales como en la forma en que los sujetos la enfrentan. Si bien consideramos que existe una vulnerabilidad primaria que caracteriza toda existencia humana, entendemos la vulnerabilidad en el sentido de Butler, es decir, como históricamente producida dentro de jerarquías de poder específicas (Butler, 2002). Esta idea nos permite dar cuenta cómo la vulnerabilidad y sus políticas se entrelazan en vidas concretas, es decir, cómo la vulnerabilidad es una condición intersubjetiva experimentada en la singularidad de la vida cotidiana (Ruiz Rivera, 2012; Pech, Rizo y Romeu, 2009).

Flavia, Mirta, Yohana y muchas otras mujeres que conocí no eran vulnerables per se, pero se volvieron vulnerables debido a su exposición a ciertos contextos, como situaciones de violencia extrema que las llevó a la necesidad de abandonar sus hogares, sus redes, sus lugares de origen y espacios cotidianos. Las circunstancias de sus desplazamientos a la provincia de Córdoba y sus historias de vida se cruzan con la vulnerabilidad de sus hogares, con la inestabilidad laboral, con el prejuicio de la sociedad, entre otros factores. Al observar sus vidas, vemos su agencia y su capacidad para navegar las crisis que marcan su existencia, lo que sugiere conceptualizar la vulnerabilidad como una condición activa que impone límites pero al mismo tiempo, abre posibilidades (Ramos Ojeda, 2019).

Vulnerabilidad

Tal como señalan Damonti y Amigot, la vulnerabilidad es una categoría controvertida, redefinida por los actores sociales dentro de sus interacciones y de relaciones de poder concretas que varían según las circunstancias en las que se enmarcan (Damonti y Amigot, 2020). En el contexto de ajuste de políticas sociales de nuestro país, la disminución de la provisión de asistencia social en numerosas provincias de la Argentina, junto al prejuicio ejercido por parte de las instituciones públicas y privadas y reproducidos constantemente por los medios de comunicación, se construyen jerarquías de “merecimiento” sobre marcos morales superpuestos dentro de los cuales la vida humana merecedora puede ser alternativamente la víctima, el sujeto obediente o el cuerpo productivo (Herrera Urizar, 2019). Juntas actúan como una política de vida, en términos de Fassín (2007), que distingue entre aquellos seres humanos que legítimamente deberían ser salvados y aquellos que no. Dentro del panorama moral del humanitarismo donde los distintos países, las agencias internacionales y las organizaciones no gubernamentales otorgan formas específicas de ayuda a las situaciones caracterizadas por la violencia, el riesgo y el sufrimiento, la vulnerabilidad se ha convertido en una suerte de activo moral clave en la carrera por el “merecimiento”. Por lo tanto, la definición de quién es vulnerable y qué significa merecimiento cambia en el tiempo y el espacio y es negociada en conjunto por aquellos que atribuyen vulnerabilidad a otros y los que reciben, realizan o exigen la etiqueta de vulnerabilidad (Alsaba, 2016). En palabras de Florencia, una de las hijas de Flavia “nos tienen que dar una casa, porque nosotras teníamos la casita en el pago y la tuvimos que dejar, pero queremos tener nuestra casita otra vez (...) yo quiero la pieza mía y todas mis cosas” (Florencia).

Un aspecto clave que viene a sumar a la condición de vulnerabilidad es la vivienda, base del hogar. En Argentina el déficit habitacional es un problema de larga duración como resultado de la falta de políticas públicas centradas principalmente en los niveles medios y bajos de necesidades de vivienda. En el interior provincial, esta crisis habitacional se ve potenciada por dinámicas históricas de urbanismo y especulación inmobiliaria en distintos polos y, como resultado, la vivienda informal se ha utilizado comúnmente durante décadas, por lo que existe una larga tradición de movimientos de ocupación de terrenos, y en algunos casos, de viviendas (Banzato y Rossi, 2010; Giaretto, 2010). Si bien las reacciones gubernamentales a estos asentamientos han incluido la indiferencia, en los últimos años ha resultado en una criminalización de esos comportamientos que antes se leían como expresiones de pobreza. Desde la década de 1990, los inmigrantes de países limítrofes y migrantes del interior de las provincias argentinas han sido parte de este escenario (Perusset, 2009). El enfoque de emergencia, las políticas de inclusión inadecuadas y su marginalidad en el mercado laboral han hecho que los migrantes en primer lugar, pero también los grupos socioeconómicamente más vulnerables del país, sean particularmente sensibles a la precariedad de la vivienda. Más recientemente, en contextos de crisis sociales, estos elementos de marginación se entrelazan con un clima político caracterizado por el pánico moral sobre la migración y las narrativas de invasión y escasez de recursos (no solo vivienda, sino también trabajo, educación y salud), que propagan una sensación de vulnerabilidad en todo el país (Perusset, 2009). Además de estas peculiaridades, la necesidad de vivienda y la ocupación de territorios o espacios marginales funcionan como una alternativa “de abajo hacia arriba” a la falta estructural de bienestar oficial. Estas ocupaciones, con las dinámicas creadas implican una suerte de política de habitabilidad que se reproduce en todo el

país y que crea lógicas políticas alternativas, espacios autónomos y nuevas formas de sociabilidad. Pocho no solo significó una solución concreta a la necesidad de refugio de Flavia y sus hijas, sino que también representa una expresión de las luchas de los grupos vulnerados por un hogar.

Quando llegamos lloré todo el día, toda la noche, lloré y lloré y lloré (...) la Mirta escuchaba porque había muy mucho dolor... y ahí nomás me dijo que la ayudara con las cabras (...) después me enseñó cómo viajar a Pocho para tramitar mi documento y el de las chicas. (Flavia)

En barrios como este, sus habitantes pueden disfrutar de la proximidad de compatriotas, amigos y familiares, contar con apoyo puerta a puerta para el cuidado de niños y personas mayores, realización de trabajos y arreglos varios, así como para compartir alimentos. En un contexto en el que la precariedad y la vulnerabilidad son la norma, las redes sociales entabladas son espacios en los que las personas pueden encontrar una (aunque sea mínima) estabilidad existencial: “Sabíamos que vivir en la villa [de Pocho] no hay mucho, pero necesitamos un lugar donde quedarnos, y ahí nos quedamos en la casita y pudimos tener una vida normal”. Las palabras de Flavia y su referencia a “una vida normal” sugieren la falta de emplazamiento que caracteriza la vida cotidiana de muchas mujeres víctimas de violencia de género que conocimos a lo largo de la investigación. Esta carencia se produce por una variedad de factores, como la negligencia institucional y los obstáculos para acceder a una vivienda digna y un trabajo estable.

También es el resultado de sus percepciones de ser discriminadas por la población local y las imposibilidades de realizar sus aspiraciones y satisfacer las expectativas de los miembros de la familia que han dejado atrás (Perusset, 2019). Así, cuando la sensación de estar “fuera de lugar” es persistente, las redes sociales de apoyo representan una estabilidad provisional en la que el sentido de hogar se superpone con la conciencia de que esta experiencia puede terminar en cualquier momento.

Flavia y sus hijas se enfrentaron a una nueva forma de vulnerabilidad, al compartir la vivienda de un familiar. Esta situación es una práctica bien establecida entre algunas familias de Pocho, mediante la cual encuentran temporalmente un lugar para quedarse y ganar visibilidad pública. En este escenario, la demanda de alojamiento se entrelaza con el desarrollo de prácticas domésticas efímeras readaptadas a la nueva coyuntura espacial. A través de estas actividades, no solo respondieron a sus necesidades básicas, sino que también intentaron continuar con sus vidas cotidianas. Se contactaron con parientes, se encontraron con antiguos conocidos, crearon nuevos lazos con los vecinos, recibieron invitados, rieron, lloraron y se organizaron para acciones colectivas.

El contexto del COVID-19

Con la irrupción de la pandemia de COVID-19 en el mundo, las posibilidades de trabajo de campo in situ se vieron limitadas en muchas investigaciones. Para tratar de subsanar esta situación y continuar con los vínculos establecidos y el estudio en curso, decidimos comenzar a emplear distintas herramientas tecnológicas como plataformas virtuales. Cabe destacar que, con la expansión de internet, el surgimiento de distintas redes sociales ha incidido en el desarrollo del

campo de la antropología, dando lugar a la antropología digital que busca explorar las formas en que lo humano y lo digital pueden definirse en relación de uno con el otro (Horst y Miller, 2012).

En los espacios virtuales no contamos con un espacio físico o geográfico al que podamos denominar nuestro campo de observación, sino que se define un nuevo campo a partir de los flujos comunicativos que se dan por el tránsito en distintos entornos virtuales o plataformas. Al respecto, Perret (2011) se refiere a esta situación como etnografía multilocal o etnografía multisituada. En esta etapa del estudio hemos empleado una variedad de canales digitales que nos ofrecieron, a su vez, distintas posibilidades de conectividad y acceso a la información de manera offline, como WhatsApp, Zoom, Meet y Facebook. La mayoría de las personas y grupos familiares durante 2020 y 2021 usaron distintas plataformas digitales para recrear reuniones sociales, rituales y la vida cotidiana en el ciberespacio. Pero mientras las ferias, comedores y espacios tradicionales ofrecen amplio lugar para exhibir la agencia y la participación femenina, la presencia en estas plataformas virtuales empleadas durante la pandemia es dominada por hombres. Si bien se da la participación de mujeres, las voces de los hombres acaparan los espacios, lo que nos lleva a la necesidad de incluir nuevos enfoques metodológicos para analizar los espacios y lugares en la virtualidad. Internet no solo implica la transformación de nuestras relaciones, sino que permite el acceso al ámbito doméstico, a la dinámica familiar con las relaciones generacionales, haciéndose entonces, tal como señalan Astudillo-Mendoza, Figueroa-Quiroz y Cifuentes-Zunino (2020), muy difícil de concebir la contemporaneidad sin considerar las estructuras que surgen de las intersecciones entre los espacios online/offline.

Este lapso de etnografía digital nos permitió observar que en la virtualidad se reproducen y profundizan las relaciones de poder vinculadas a la agencia de las mujeres a través de estructuras y mecanismos de control que crean, reproducen y defienden las normas de género, en especial en cuestiones de cuidados y domesticidad. De esta forma, podemos entender el papel de los espacios virtuales en la mediación de cómo la agencia, el poder y las normas sociales se producen en y a través de internet, así como a través del cuerpo, como esferas entremezcladas de producción cultural y espacios de actividad social y resistencia política y social (Nyamnjoh y Brudvig, 2016).

La construcción de un “hogar seguro”

Como observadora, mediada por las tecnologías, cada vez que “entra” a la casa de Flavia y su familia, sentía que penetraba un espacio íntimo, como si la pantalla fuera la proyección de su hogar, entendido como un espacio con una estructura en el tiempo, con rutinas que son hacedoras y marcadoras de distintas temporalidades. Aunque en cierto modo estable, la configuración variaba a lo largo del día; si nos encontrábamos por la tarde noche, podía observar la dinámica de retirar la ropa y acomodar el espacio para preparar camas improvisadas. Esta preparación marcaba una distinción entre el día y la noche y ordenaba el fluir del tiempo de acuerdo con los ritmos de una vida doméstica precaria, así como también creaba un espacio diferente, donde la gente podía estar descalza, como si estuviera en la intimidad de sus dormitorios (lo que no sucedía en otros momentos del día). Además, este espacio ocupado era suficientemente flexible para adaptarse a las necesidades cambiantes de sus ocupantes. Paralelamente, en momentos en los que se realizó trabajo etnográfico in situ, pudimos observar la dinámica espacial en donde se dispersaban distintas prácticas sociales configurando lo que

llamamos una estrategia de hogar móvil en el sentido de los movimientos de objetos y personas que se generaban junto al apoyo de lazos sociales externos. Por ejemplo, aunque el espacio donde se encontraba el aparato de cocina en la casa de Flavia estaba repleto de utensilios de cocina y vajilla, nunca se preparaban comidas allí. Los ocupantes a menudo comían comida provista por vecinos y parientes cercanos: “Desde que llegamos nunca cocinamos, pero nunca eh!” (Flavia).

En conjunto, estas prácticas ayudaron a las mujeres a domesticar un espacio y una situación hostil en el contexto de prácticas, emociones, lazos sociales y marcos morales localizados. La disposición del espacio en forma de habitación, la creación de temporalidades ordenadas y el apoyo de amigos y redes sociales se convirtieron en prácticas recursivas a través de las cuales pudieron enfrentar una situación de extrema vulnerabilidad que se vio profundizada por el contexto de pandemia.

Dado que el hogar implica sentimientos de protección y familiaridad, la puesta en práctica de un proceso de (re)producción colectiva de la domesticidad permitió a Flavia y sus hijas enfrentar creativa y temporalmente un evento impredecible. Esta recreación de experiencias familiares de prácticas domésticas también tenía valor sociocultural: era una forma de protesta a través de la cual las mujeres que atravesaron una situación de violencia expresaban sus nuevos vínculos con el barrio y sus derechos como personas vulnerables. Situación que demostraba el intento de las mujeres de presentarse como dignas de tener un hogar, tener trabajos formales y contar con el apoyo de redes sociales. “No me dan ganas de cocinar, ya cociné mucho tiempo (Flavia)” “Mi mamá no cocina porque la tienen que cuidar a ella y a nosotras nos tienen que cuidar” (Florencia). Al presentarse así estaban subrayando su particular fragilidad y reinterpretando las etiquetas sociales que se les imponen desde su propia perspectiva.

Representándose a sí mismas como “refugiadas temporales”, tal como señaló una vez Erika, la hija mayor de Flavia, intentaron producir una inversión semántica de la figura de mujeres vulnerables que, como víctimas de situaciones de violencia, a menudo suelen ser consideradas como una amenaza por el riesgo de represalias de parte de sus agresores hacia el nuevo contexto en el que se insertan. Esta puesta en escena de su “vulnerabilidad” y “merecimiento” estaba dirigida no solo a los vecinos de la villa, sino también a la policía y las instituciones locales. Convencer a alguien de que se merecía una forma de protección basada en su vulnerabilidad no es nada nuevo, ya que ha sido un criterio que ha venido siendo empleado para distinguir aquellos que tienen derecho a la ayuda de los que no (Hopp, 2019).

Las investigaciones llevadas a cabo con mujeres sobrevivientes de situaciones de violencia de género evidencian que en dos tercios de los casos el perpetrador se encontraba en el ámbito de la pareja (Cano, 2014). La victimización repetida es usual y aproximadamente el 57% de mujeres que atravesaron situaciones de violencia de género se encuentran involucradas en más de un episodio. Por esta razón, la seguridad de las mujeres y sus hijos e hijas es la máxima prioridad. El vínculo entre violencia, seguridad y comunidad es claro e impacta a toda la comunidad más allá de las diferencias de clase, género u origen socio-étnico. Al respecto, creemos que la brecha existente entre comunidad y violencia de género está relacionada, en parte, con la falta de comprensión de las lógicas y dinámicas de la violencia de género, en parte, debido a que el foco se pone en las respuestas del Estado y, en parte, a la reproducción acrítica de discursos tradicionales que vinculan las mujeres, la domesticidad y el cuidado. Paralelamente, el centrarse en las relaciones íntimas de las parejas heterosexuales poniendo el foco en la agencia de las mujeres en esas relaciones ha resultado en la amplificación de la separación del mundo privado y el público, la separación de respuestas y apoyos formales de los informales lo que termina ocultando la medida en la que ambos aspectos se cruzan entre sí.

Lecturas sobre la vulnerabilidad

Para la marcha nacional del “Ni una menos” del 3 de junio de 2021, en los medios masivos de comunicación, especialmente en canales de televisión y radios locales se viralizaron imágenes cargadas de estereotipos que remarcaban la violencia y los sentimientos de “indignación” frente a las víctimas de violencia. Las imágenes manejaban diferentes ejes de vulnerabilidad, como la edad, el género y la discapacidad, entrelazándolos con la condición general de precariedad del entorno geográfico y social. Aunque en la cabecera de departamento también se movilizó una retórica de la vulnerabilidad en relación a la violencia de género, su definición fue bastante limitada. En el entendimiento institucional, las “personas frágiles” incluían mujeres embarazadas, niños pequeños con sus madres, ancianos y enfermos. Esta definición contrastaba claramente con la representación y percepción de Flavia y otras mujeres que habían transitado situaciones de violencia como colectivamente vulnerables y actuaba como un mecanismo de selección que, si bien apoyaba a unas personas, abandonaba a otras.

Las expresiones de vulnerabilidad empleadas por Flavia y sus hijas se oponían a la retórica sesgada e implícita en las modalidades de representación en medios sobre las mujeres que atravesaron situaciones de violencia. Como tal, esta expresión puede conceptualizarse como una lucha por la representación, a través de la cual las personas en situación de vulnerabilidad intentan visibilizar su situación, legitimar su reclamo, provocar sentimientos de indignación y marcar una frontera moral en orden. Además, la vulnerabilidad y la docilidad son también los resultados de las interacciones de las mujeres con los sistemas de recepción y los aparatos burocráticos, entendidos aquí como formas de poder que, junto con la interacción diaria con los discursos excluyentes y xenofobos, contribuyen a moldear las subjetividades de las personas en situación de violencia (Fontanari, 2019).

Si bien en numerosos aspectos la comunidad actúa de manera favorable hacia las mujeres en situación de vulnerabilidad, en otros casos puede suceder que actúe como un espacio interno en el cual se producen y reproducen estereotipos y prejuicios, actuando también como generadoras de ciertas categorías. Esto puede ocurrir en comunidades pequeñas en donde se producen las imágenes de que están en riesgo frente a una amenaza exterior, ya sea en manos del perpetrador de la violencia o en manos de los servicios del Estado encargados de velar por el cuidado de niños, niñas y adolescentes (Warner, 2017). Mónica, una vecina de la villa que había experimentado años atrás una situación de violencia en la ciudad de Cruz del Eje, y su hermana eran quienes demostraban mayor temor frente a la posibilidad de una visita de las autoridades públicas. Así, constatamos que existen distintos lentes para observar una situación y que dan cuenta de la diversidad de significados.

Conclusiones

Podemos ver cómo los momentos de crisis se configuran en un terreno de acción y significado más que como episodios aislados o como un momento de cambio o de caos. Al centrarse en la crisis crónica y en sus efectos sobre la vida social y las experiencias de las personas, “el conflicto, la violencia y la pobreza abyecta pueden incrustarse tanto en el tejido

social que se vuelven indistinguibles de él (Das, 2006, p. 80). En este sentido, Vigh (2008) señala que esta situación obliga a las personas a vivir en mundos fragmentados y volátiles en vez de esperar la vuelta a la “normalidad”. Esta perspectiva sugiere que, en lugar de colocar la crisis en un contexto, repensemos la crisis como contexto. Esto es particularmente útil para comprender la vida cotidiana de las personas en situación de vulnerabilidad que conocí durante mis visitas al Pocho.

Aunque pequeña, austera e informal, a diferencia de los centros de acogida, el “refugio temporal” en la casa de Mirta había actuado como un hogar para Flavia, Erika y Florencia, brindando la sensación de tener el dominio del espacio, provocando la sensación de estar (al menos parcialmente) “en casa”. En la experiencia de Flavia, la crisis emerge como un contexto que les provoca obstáculos existenciales, sentimientos de fragmentación e imposibilidad de cambiar las fuerzas que afectan negativamente sus vidas, alimentando su sensación de desplazamiento. Es un contexto en el que aprenden a navegar reajustando su interpretación del entorno social y sus movimientos dentro de él a sus características críticas.

Hemos dado cuenta cómo estas mujeres buscan recuperar una estabilidad precaria y un sentido de hogar en un contexto de crisis y vulnerabilidad constantes. Observando sus hogares, he arrojado luz sobre cómo estos no son meros espacios de desesperación, como suelen ser configurados en las representaciones públicas, sino lugares en los que pueden surgir diferentes formas de habitar (Lanciano, 2019). La villa de Pocho es un escenario en el que es posible sentirse como en casa, a pesar de los riesgos del presente y las incertidumbres del futuro, y donde la solidaridad y el apoyo informal juegan un papel fundamental en la gestión tanto de la crisis crónica como de los problemas inesperados del día a día; lo que Vigh llama la “crisis incrustada en la crisis” (Vigh, 2008, p. 13).

El análisis etnográfico de cómo Flavia y sus hijas domesticaron Pocho con sus rutinas, con la creación de umbrales materiales y simbólicos, y con la ordenación del tiempo, ha mostrado cómo se podía domesticar un espacio ajeno y cómo una situación angustiada y peligrosa podría ser contenida parcialmente. Esto sugiere un cambio de enfoque de lo que “es hacer un hogar” a lo que “hace hacer un hogar”. Desde este punto de vista he demostrado, por un lado, cómo las diferentes vivencias actuaron como recursos para enfrentar una condición de vulnerabilidad que resultó del colapso de la domesticidad y, por otro, cómo el sentido de estar en el hogar se hace, se rehace y se deshace a través de las actividades, los objetos y las relaciones cotidianas. Además, hemos conceptualizado la vulnerabilidad no solo como una condición existencial y socialmente producida, sino también como un lenguaje político y moral generalizado que gobierna la contemporaneidad y se utiliza para justificar el derecho a habilitar o denegar el acceso a los recursos públicos a personas necesitadas. Es un lenguaje que Flavia y sus hijas pudieron dominar para tratar de hacer avanzar sus reclamos y desafiar la vulnerabilidad que las envolvía. La vulnerabilidad también produce formas de exclusión institucional. En este sentido, cabe subrayar que la exclusión no es una peculiaridad de las víctimas de violencia, sino que caracteriza a todas aquellas personas que se encuentran expulsadas de los círculos del merecimiento. En el marco más amplio de sus horizontes y redes sociales se pueden comprender mejor sus experiencias de vulnerabilidad y búsqueda de hogar. Desde este punto de vista, los sujetos no aparecen ni como héroes activos ni como víctimas pasivas, sino como seres humanos complejos que se enfrentan a escenarios sociales y políticos intrincados.

Bibliografía

- Alsaba, K. y Kapilashrami A. (2016). Understanding women's experience of violence and the political economy of gender in conflict. *Reproductive Health Matters*, no. 24 (47), pp. 5-17.
- Astudillo-Mendoza, P.; Figueroa-Quiroz, V. y Cifuentes-Zunino, F. (2020). Navegando entre mujeres: La etnografía digital y sus aportes a las investigaciones feministas. *Investigaciones Feministas*, vol. 11, no. 2.
- Banzato, G. y Rossi, M. (2010). El mercado de tierras en las fronteras interiores argentinas: La expansión territorial de Buenos Aires y Santiago del Estero en la segunda mitad del siglo XIX. *América Latina en la historia económica*, no. 34, pp. 7-34.
- Boccagni, P. (2017). Migration and the Search for Home. Mapping Domestic Space in Migrants' Everyday Lives. New York. Palgrave Macmillan.
- Bosch Fiol, E. y Ferrer Pérez, V. (2000). La violencia de género: De cuestión privada a problema social. *Psychosocial Intervention*, vol. 9, no. 1, pp. 7-19. Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid. España.
- Butler, J. [1993] (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Cano, J. (2014). *INFOJUS*. www.infojus.gov.ar SAIJ: DACF140888
- Damonti, F. y Amigot, C. (2020). Las situaciones de exclusión social como factor de vulnerabilidad a la violencia de género en la pareja: Desigualdades estructurales y relaciones de poder de género. *Revista Empiria*, no. 48.
- Das, V. (2006). *Life and words. Violence and the descent into the ordinary*. Berkeley. University of California Press.
- Fassin, D. (2007). Humanitarianism as politics of life. *Public Culture*, vol. 19, no. 3, pp. 499-520.
- Fontanari, E. (2019). *Lives in Transit: An Ethnographic Study of Refugees' Subjectivity across European Borders*. New York. Routledge.
- Giaretto, M. (2010). Las tomas de tierras urbanas y las posibilidades de una crisis del régimen de propiedad. *Universitas Humanística*, 70(70), pp. 133-150.
- Herrera Urizar, G.C. (2019). El cuerpo disciplinado y el ocaso de la libertad: Análisis del hospital psiquiátrico y la escuela en el pensamiento de Michel Foucault. *Revista Sincronía*, no. 75, pp. 104-128, 2019.
- Hopp, M. (2019). Trabajo, derechos sociales y protección social en Argentina de la reconstrucción neoliberal. *Rev. katálysis*, 22 (01).
- Jacobson, N. (2009). Dignity violation in health care. *Qualitative Health Research*, 19 (11), pp. 1536-1547.
- Lanciano, T. (2020). Risk Perceptions and Psychological Effects During the Italian COVID-19 Emergency. *Front. Psychol.*, 18.
- Miller, D. y Horst, H. (2012). Lo digital y lo humano. En Horst, H. y Miller, D. *Antropología digital*. New York. Berg. PP. 3-35.
- Nyamnjoh, F. y Brudvig, I. (2016). *Mobilities, ICTs and marginality in Africa. South Africa in comparative perspective*. Cape Town. HSRC Press.
- Osorio, J. (2010). La exclusión desde la lógica del capital. *Migración y desarrollo*, 8 (14), pp. 89-104.
- Papalini, V. (2007). La domesticación de los cuerpos. *Enlace*, 4 (1), pp. 39-53.

- Pech Salvador, C., Rizo García, M. y Romeu Aldaya, V. (2009). El habitus y la intersubjetividad como conceptos clave para la comprensión de las fronteras internas: Un acercamiento desde las propuestas teóricas de Bourdieu y Schütz. *Frontera norte*, 21 (41), pp. 33-52.
- Perret, G. (2011). Territorialidad y práctica antropológica: Desafíos epistemológicos de una antropología multisituada / multilocal. *Revista Kula*, 4, pp. 52-60.
- Perusset, M. (2019). El papel de las redes sociales en las situaciones de violencia de género. *Revista Tareas. Revista del Centro de Estudios Latinoamericanos*, no. 163.
- _____. (2009). Diversidad cultural y neoliberalismo en la universidad. En Nápoli, F. (comp). *Universidad y compromiso social. Notas desde la cátedra*. (pp. 23-37). Buenos Aires: Editorial CEIT.
- Pujadas, J. J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, no. 9, pp. 27-158.
- Ramos Ojeda, D. (2019). Entendiendo la vulnerabilidad social: una mirada desde sus principales teóricos. *Revista Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina*, 7(1), pp. 139-154.
- Ruiz Rivera, N. (2012). La definición y medición de la vulnerabilidad social. Un enfoque normativo. *Investigaciones geográficas*, (77), pp. 63-74.
- Saccucci, E. (2019). La producción de territorios precarios por el dispositivo legal. *Economía, Sociedad y Territorio*, 19 (59), pp. 977-100.
- Vigh, H. (2008). Crisis and Chronicity: Anthropological Perspectives on Continuous Conflict and Decline. *Ethnos*, vol. 73, no.1, pp. 7-24.
- Warner, T.D. (2017). Cut to the Quick: The Consequences of Youth Violent Victimization for the Timing of Dating Debut and First Union Formation. *American sociology review*, vol. 82, no. 6, pp. 1241-1271.

Comunicación
científica